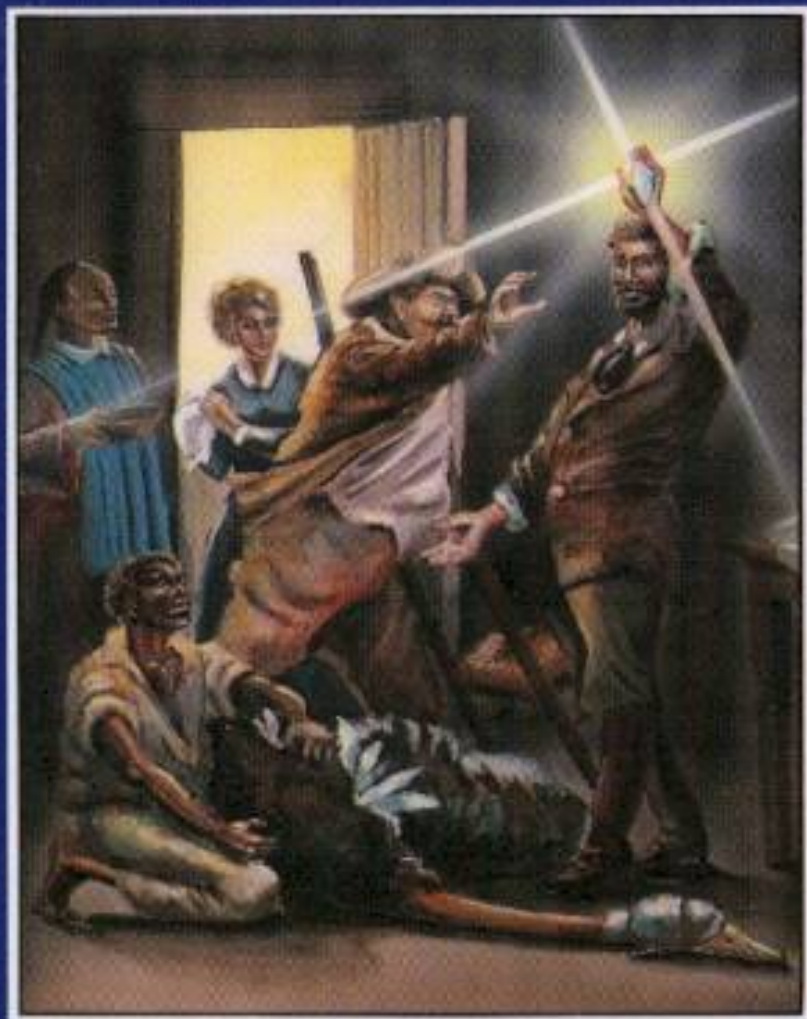


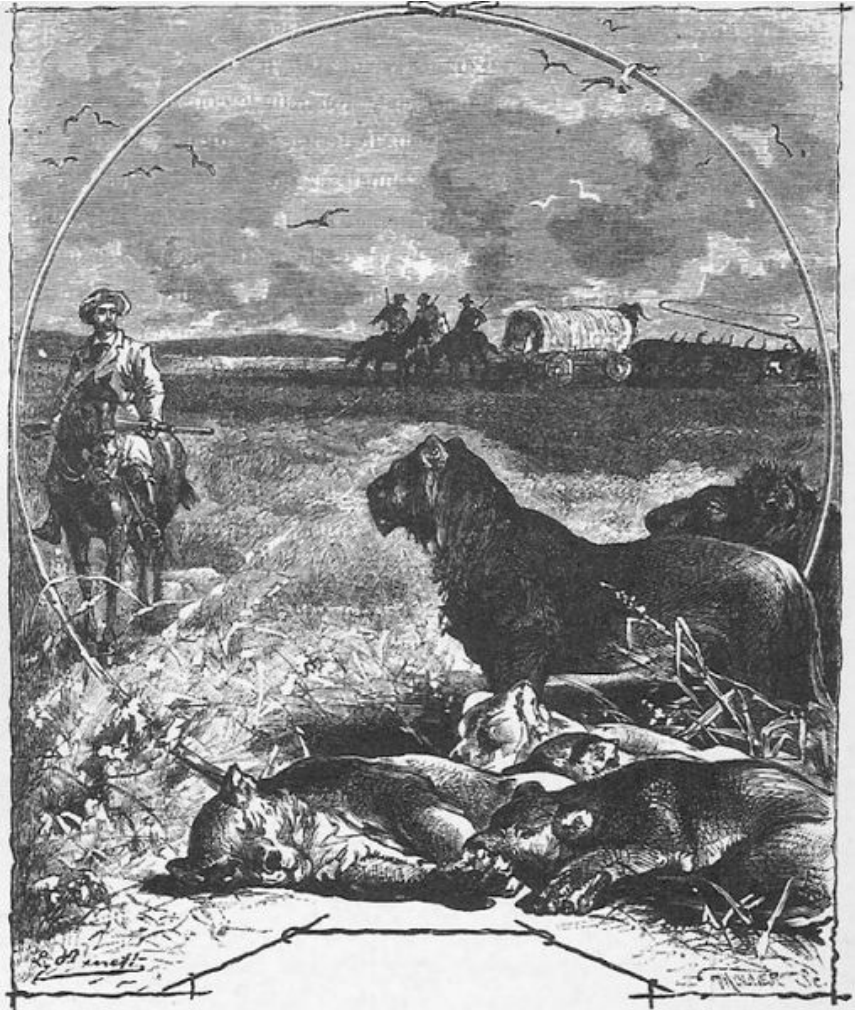
Julio Verne

La Estrella del Sur



Cipriano Meré, un ingeniero francés que vive en los «Campos de Diamantes» en Griqualandia Occidental (Sudáfrica), desea casarse con la bella hija del Señor Watkins, quien cuenta con que Alicia se quede en Sudáfrica y se case con uno de los mineros más adinerados de la región. Para situarse en una posición favorable para hacerse con la mano de Alicia, Cipriano compra una porción de tierra y comienza a trabajarla, en busca del preciado tesoro. Sin embargo, Alicia lo convence para que vuelva a la química y retome su teoría de la síntesis del diamante. El experimento parece cobrar efecto cuando el ingeniero crea un diamante al cual nombra «La estrella del sur».





I. ¡Ah, cuán terribles son esos franceses!

—Os escucho, señor.

—Caballero, tengo el honor de solicitar la mano de *miss* Watkins, vuestra hija.

—¿De Alice?...

—De Alice, señor. Mi demanda parece, sorprenderos. Dispensadme pues si no acierto a explicarme en qué puede pareceros extraordinaria. Como sabéis, me llamo Méré. Bien, actualmente, cuento veintiséis años y soy ingeniero de minas, salido con el número dos de la Escuela Politécnica. Mi familia es sumamente honrada, si bien carece de fortuna. El cónsul de Francia en el Cabo podrá confirmar cuanto os digo, si así lo deseáis, lo mismo que mi amigo Barthés, el valiente cazador que ya conocéis, como todos en Griqualandia. Estoy aquí con una misión científica por cuenta de la Academia de Ciencias y del Gobierno francés. En este último año he conseguido el premio Houdart, en el Instituto, por mis trabajos sobre la formación química de las rocas volcánicas de la Auvernia. Mi memoria acerca de la cuenca diamantífera del Vaal, que casi he concluido, no puede menos de ser bien acogida por el mundo ilustrado. Al dar término a mi misión, seré nombrado profesor adjunto de la Escuela de Minas de París, y he ordenado que alquilaran para mí un piso en la calle de la Universidad, 104, piso tercero. Mi sueldo se elevará a comienzos de enero próximo a cuatro mil ochocientos francos. No es una riqueza, bien yo lo sé; pero con el producto de otros trabajos personales, con visitas periciales, con premios académicos y colaboración en revistas científicas, este sueldo casi ha de doblarse. Agregaré que siendo mis gustos bastante modestos, no se necesita más para ser feliz. Caballero, os lo repito: tengo el honor de pedir os la mano de vuestra hija.

Fácil era ver con sólo considerar este breve discurso, que Cyprien tenía la costumbre, ante todo, de marchar directamente hacia su objeto y de hablar con entera franqueza.

Su fisonomía no desmentía la impresión que causaba su lenguaje; era la de un joven ocupado habitualmente en las altas concepciones científicas, que no da a las vanidades mundanas más tiempo que el estrictamente necesario.

Sus cabellos castaños, bien cortados, la sencillez de su traje de viaje, de cutis gris, el sombrero de paja de diez sueldos, que había colocado al entrar sobre una silla, a pesar que su interlocutor permanecía imperturbablemente cubierto, con esa poca aprensión habitual a los tipos de la raza anglosajona, todo en Cyprien Méré denotaba un espíritu serio, como su mirada límpida revelaba un corazón puro y una conciencia recta.

Es menester agregar también, que este joven francés hablaba el idioma inglés con perfección, como si hubiese vivido largo tiempo en los condados más británicos del Reino Unido.

Mister Watkins le escuchaba fumando una larga pipa, sentado en un sillón de madera, la pierna izquierda extendida sobre un taburete de paja, el codo en el extremo de una mesa rústica, frente a un frasco de ginebra y de un vaso lleno de este licor alcohólico.

Este personaje aparecía vestido con pantalón blanco, una chaqueta de gruesa tela azul, una camisa de franela amarilla, sin chaleco ni corbata. Bajo el gran sombrero de fieltro, que parecía atornillado sobre su cabeza gris, se redondeaba un rostro rojo y abotagado, que se hubiera podido creer inyectado con jalea de grosella. Esta cara poco atractiva, sembrada a intervalos de una barba seca, color de grama, estaba perforada por dos ojillos grises que no respiraban seguramente paciencia ni bondad.

Fuerza es decir, en descargo de *mister Watkins*, quien sufría terriblemente de la gota, lo que le obligaba a tener su pie izquierdo envuelto en trapos; y la gota, lo mismo en el África meridional que en los demás países, no se ha hecho para dulcificar el carácter de aquéllos cuyas articulaciones muerde.

La escena pasaba en la planta baja de la granja de *mister Watkins*, situada hacia el 29 grado de latitud Sur y los 22 grados de longitud Este del meridiano de París, en la frontera occidental del Estado libre de Orange, al Norte de la colonia británica del Cabo, en el centro del África austral o anglo-ho-

landesa. En este país, del que la orilla derecha del río Orange forma el límite hacia los confines meridionales del gran desierto de Kalahari, que lleva en las antiguas cartas el nombre de país de los Griquas, es llamado con justicia desde hace unos dos lustros, el *Diamondsfield*, o sea, campo de diamantes.

La habitación donde se celebraba esta entrevista diplomática, era también notable por el lujo extemporáneo de algunas piezas de su moblaje, cuanto por la pobreza de otros detalles en el interior. Por ejemplo, el suelo era simplemente de tierra batida, pero en cambio, estaba cubierto a trozos con espesas alfombras y pieles preciosas. En aquellas paredes, que jamás habían sido empapeladas, había colgadas una magnífica péndola de cobre cincelado, armas de precio de diversas fabricaciones, láminas inglesas encuadradas en magníficos bordados. Un sofá de terciopelo aparecía junto a una mesa de madera blanca, buena a lo sumo, para las necesidades de una cocina.

Sillones venidos en línea recta de Europa, tendían en vano sus brazos a *mister Watkins*, que prefería un viejo sitial, labrado en otro tiempo por sus propias manos. Finalmente, la acumulación de objetos de valor, y sobre todo la mezcla de pieles de panteras, leopardos, jirafas, gato-tigres, que estaban arrojadas sobre todos los muebles, daban a esta sala un aspecto de bárbara opulencia.

La forma del techo evidenciaba que aquella casa no tenía unos pisos superiores, componiéndose sólo de la planta baja. Como todas las del país, estaba construida, parte de tablas y parte de tierra arcillosa, y cubierta por hojas de zinc acanaladas, sentadas sobre su ligera armadura.

Se advertía además que la habitación acababa apenas de terminarse. En efecto, bastaba asomarse a una de las ventanas para percibir a derecha e izquierda cinco o seis construcciones abandonadas, todas del mismo orden, pero de edad diferente y en un estado de decrepitud cada vez más avanzado.

Eran otras tantas casas que *mister* Watkins había construido sucesivamente, habitadas o abandonadas según el estado de su fortuna, y que marcaban, por decirlo así, los escalones. La más lejana estaba hecha solo con terrones de césped, y no merecía sino el nombre de choza. La siguiente estaba hecha con arcilla. La tercera, con arcilla y planchas; la cuarta, con arcilla y zinc. He aquí la escala ascendente que el incremento de la industria de *mister* Watkins le había permitido subir.

Todos estos edificios, más o menos arruinados, se levantaban sobre un montículo situado cerca de la confluencia del Vaal y del Modder, los dos principales tributarios del Orange en esta región del África austral. Y hasta donde alcanzaba la vista, en todo el contorno, es decir hacia el Sudoeste y el Norte sólo se veía la llanura triste y desnuda.

El Veld, como dicen en el país, lo forma un suelo rojizo; seco, árido, polvoriento, apenas sembrado de trecho en trecho de una hierba escasa y de algunos ramilletes de arbustos espinosos. La absoluta falta de árboles es el rasgo característico de este triste cantón. Desde luego, teniendo en cuenta el que tampoco existe hulla, así como las comunicaciones con el mar son pocas y difíciles, no se extrañará entonces que falte el combustible y que haya precisión de quemar el estiércol de los ganados para los usos domésticos.

Sobre este fondo monótono, de casi lamentable aspecto, se establece la corriente de los dos ríos, tan anchos, tan poco encajonados, que apenas se comprende cómo no esparcen sus aguas a través de toda la llanura.

Tan sólo hacia el Oriente el horizonte está cortado por los lejanos picos de dos montañas, el Peatberg y el Paardeberg, al pie de las cuales una vista privilegiada puede llegar a distinguir el humo, el polvo, pequeños puntos blancos, que son casas o tiendas, y alrededor de ellas un hormiguelo continuo de seres animales de varias clases.

Allí, en el Veld, es donde hallan los *placeres* de diamantes en explotación, el Du Toit's Pan, el New Rush, el más rico tal vez de todos ellos, y el Vandergaart Kopje. Estas diversas mi-

nas a cielo abierto y casi a flor de tierra, que están comprendidas bajo el nombre general de *dry-diggins*, o minas en seco, han producido desde 1870 unos cuatrocientos millones de diamantes y piedras finas. Se encuentran reunidas en una circunferencia cuyo radio mide aproximadamente dos o tres mil kilómetros. Se las veía muy distintamente con el antejo desde las ventanas de la granja Watkins, que no estaba separada de ellas más de cuatro millas inglesas^[1].

La palabra *granja* es un término impropio si se aplica a un establecimiento de este género, porque era imposible percibir en los alrededores ninguna clase de cultivo. Como todos los pretendidos granjeros de esta región del Sur de África, *mister Watkins* era más bien un pastor, propietario de rebaños de bueyes, cabras y carneros, que el verdadero gerente de una explotación agrícola.

Entre tanto *mister Watkins* no había aún respondido a la demanda tan política y a la vez tan claramente formulada por Cyprien Méré.

Luego de haberse consagrado por lo menos tres minutos a reflexionar, se decidió por fin a retirar la pipa de sus labios y emitió la opinión siguiente, que evidentemente no tenía sino una relación muy lejana con la cuestión.

—¡Creo que va a cambiar el tiempo, amigo mío! ¡Jamás mi gota me ha hecho sufrir tanto como desde esta mañana!

El joven ingeniero frunció el entrecejo, volvió un instante la cabeza, y se vio obligado a hacer un esfuerzo sobre sí mismo para no demostrar su descontento.

—Tal vez haría bien en renunciar a la ginebra, *mister Watkins* —respondió secamente, mostrando la vasija de gres que los ataques del bebedor con presteza vaciaba.

—¡Renunciar a la ginebra! ¡Por Júpiter! ¡Buena es ésa! —gruñó el granjero—. ¿Acaso la ginebra ha hecho daño jamás a un hombre honrado?... Sí ¡ya sé lo que queréis decir!... ¡Vais a citarme la receta de ese médico a un *lord* corregidor que padecía de la gota! ¿Cómo se llamaba ese médico? ¡Albernethy, creo! «¿Queréis estar bueno? —le decía a su enfermo— vivid a razón de un chelín día por día, ganadle por un

trabajo personal». ¡Todo eso es muy hermoso, muy bueno! Pero ¡por nuestra vieja Inglaterra, si para encontrarse bien fuese preciso vivir a razón de un chelín diario! ¿De qué serviría haber hecho fortuna?... Ésas son tonterías indignas de un hombre de mucho talento como vos, *monsieur* Méré. ¡No me habléis más de eso, os lo suplico!... ¡Por mi parte prefiero que me entierren! Comer bien, beber bien, fumar uña buena pipa siempre que tenga ganas; no tengo otra alegría en el mundo: ¿y queréis que renuncie a ella?

—¡Oh! ¡No tengo gran interés! —aseguró Méré con toda franqueza.

—Os recuerdo solamente un precepto de salud que creo justo. Pero dejemos este asunto, si os parece, *mister* Watkins, y volvamos al objeto especial de mi visita.

Mister Watkins, tan prolijo hacía poco, había vuelto a caer en su mutismo y arrojaba silenciosamente bocanadas de humo de tabaco.

En este momento fue abierta la puerta y una bella joven entró, llevando un platillo cargado con un vaso.



Esta bonita joven, encantadora bajo su gran cofia al estilo de las granjeras del Veld, estaba sencillamente vestida con un vestido cuya tela tenía un dibujo de lindas florecillas. De edad de diecinueve a veinte años, de blanquísima tez, con hermosos cabellos rubios y finos, grandes ojos azules y fiso-

nomía dulce y alegre, era la imagen de la salud, de la gracia, del buen humor.

—Buenos días, *monsieur Méré* —saludó al entrar. Habló en francés, pero con ligerísimo acento británico.

—Buenos días, *miss Alice* —respondió Cyprien que se había levantado al entrar la joven, e inclinado ante ella.

—Os he visto llegar, *monsieur Méré* —hizo saber *miss Watkins*, dejando ver sus bonitos dientes a través de una amable sonrisa—, y como sé que no sois aficionado a la detestable ginebra de mi padre, os traigo limonada, deseando que la encontréis fresca y agradable.

—¡Cuánta amabilidad, señorita!

—¡Bah! Hablando de otra cosa: no podéis imaginaros lo que Dada, mi avestruz, se ha tragado esta mañana... ¡La bola de marfil que me servía para repasar las medias!... ¡Si, mi bola de marfil!... Es de buen tamaño, ya la conocéis, *monsieur Méré*, y procedía en línea recta de New Rush... ¿Qué os parece?... Esa glotona de Dada la ha tragado como si fuese una píldora. Estoy segura de que esa pícara bestia me hará morir de un disgusto, tarde o temprano.

Al contar su historia, *miss Watkins* mostraba en sus azules ojos una expresión tan alegre, que no indicaba un deseo extraordinario de realizar este lúgubre pronóstico, ni aun en mucho tiempo. Pero, de pronto, con la intuición tan viva de las mujeres, observó el obstinado silencio que guardaban su padre y el joven ingeniero, y el embarazo que les causaba su presencia.

—¡Se diría, señores, que os molesto! —manifestó—. Si tenéis secretos que no pueda escuchar, voy a retirarme... Por otra parte, no tengo tiempo que perder. Precisa que estudie mi sonata antes de ocuparme de la comida... ¡Vamos, decididamente no tenéis hoy gana de hablar!... ¡Os dejo, pues, entregados a vuestras maquinaciones!

Se dirigía ya hacia la puerta, pero de pronto, volvió sobre sus pasos y dijo con graciosa gravedad:

—*Monsieur Méré*, cuando queráis usted interrogarme sobre el oxígeno, yo estoy enteramente a vuestra disposición.

He leído ya tres veces el capítulo de química que me habéis dado como lección y este «cuerpo gaseoso, incoloro, inodoro e insípido», no tiene ya secretos para mí.

Miss Watkins hizo una linda reverencia y desapareció como un ligero meteoro.

Un momento después, los acordes de un excelente piano, resonando en una de las habitaciones más alejadas del gabinete hicieron saber que la joven se entregaba por completo a sus ejercicios musicales con toda brillantez.

—Y bien, *mister Watkins* —manifestó *Méré*, a quien esta amable aparición le había recordado sus pretensiones, en el caso de que hubiera podido olvidarlas—; ¿queréis darme una respuesta a la demanda que he tenido el honor de haceros?

Mister Watkins quitóse la pipa de los labios, escupió majestuosamente, levantó bruscamente la cabeza, y lanzando sobre el joven una mirada inquisitorial:

—¿Por casualidad, *monsieur Méré*, habéis hablado de eso con ella? preguntó.

—¿Hablando de qué?... ¿A quién?

—A mi hija. ¡De lo que me habéis dicho!

—¿Por quién me tomáis, *mister Watkins*? —protestó el joven ingeniero, con un calor que no podía dejar duda sobre su sinceridad—. ¡Soy francés, caballero! ¡No lo olvidéis! Esto es decirnos que jamás me hubiera permitido hablar de casamiento a vuestra hija sin vuestro consentimiento.

La mirada de *mister Watkins* se había dulcificado, y, por consecuencia, desatado su lengua.

—¡Tanto mejor, excelente muchacho! No esperaba menos de vuestra discreción para con Alice —aseguró en un tono casi cordial—. Pues bien, puesto que se puede tener confianza en vos, vais a darme palabra de no hablar de ello en lo sucesivo.

—¿Se puede saber por qué, caballero?

—Porque ese casamiento es imposible, y lo mejor que podéis hacer, es tacharlo de vuestros proyectos —decidió *mister Watkins*—. *Monsieur Méré*, sois un joven honrado, un perfecto caballero, un excelente químico y un profesor distin-

guido, y aun de porvenir, no lo dudo; pero no poseeréis a mi hija, por la sencilla razón de que he formado para ella planes completamente diferentes.

—No obstante, *mister Watkins*...

—¡No insistáis!... ¡Sería inútil! —atajó el granjero—. No me convendríaís aunque fueseis duque y par de Inglaterra. Pero no sois ni siquiera un súbdito inglés, y acabáis de declarar, con una perfecta franqueza, que carecéis de fortuna. Veamos, de buena fe, ¿creéis seriamente que he educado a Alice como lo he hecho dándole los mejores maestros de Victoria y de Bloemfontein, para enviarla al tener veinte años a morar en París, calle de la Universidad, piso tercero, con un señor del que ni aun el idioma conozco? Reflexionad, *monsieur Méré*, poneos en mi lugar... Suponed que vos sois el granjero John Watkins, propietario de la mina Vandergaart Kopje, y yo *monsieur Méré*, un joven sabio francés encargado de una misión científica en el Cabo... Imaginaos también en medio de esta habitación, sentado en este sillón, paladeando vuestro vaso de ginebra y fumando una pipa de tabaco de Hamburgo: ¿admitiríais un momento... por uno solo siquiera, la idea de darme vuestra hija en matrimonio?

—Desde luego, *mister Watkins* —contestó *monsieur Méré* —, y sin titubear, si creyese encontrar en vos las cualidades que podían asegurar su felicidad.

—Pues bien, no tendríais razón, querido mío, ningún a razón —aseguró el granjero; obraríais como un hombre que no es digno de poseer la mina de Vandergaart Kopje, o más bien no habríais llegado a poseerla. Porque ¿acaso creéis que me ha caído de las nubes a las manos? ¿Creéis que no he tenido necesidad de inteligencia ni de actividad, primero para descubrirla y después para asegurarme de su propiedad? Pues bien, *monsieur Meré*, esta inteligencia, de la que he dado prueba en esta circunstancia memorable y decisiva, la aplico a todos los actos de mi vida, y especialmente a todo lo que se relacione con mi hija. Por esto os lo repito: ¡tachad eso de vuestros planes!... ¡Alice no es para vos!

Con esta triunfante conclusión, *mister Watkins* tomó su vaso y apuró de un trago su contenido.

El joven ingeniero no sabía qué responder, lo que, visto por su interlocutor, le dio nuevos bríos para continuar charlando sin cesar.

—¡Los franceses sois realmente admirables! No dudáis de nada, palabra de honor. ¡Cómo! Llegáis como si cayeseis de la luna al fondo del Griqualandia, a casa de un buen sujeto que tres meses atrás ni había oído hablar de vos, y que no os ha visto diez veces en estos noventa días; os dirigís a él y le decís: «John Stapleton Watkins, tenéis una hija tan encantadora, perfectamente educada, universalmente reconocida como la perla del país, lo que nada perjudica, vuestra única heredera para la propiedad del más rico *kopje* de diamantes de los dos mundos. Yo soy *monsieur* Cyprien Méré, de París, ingeniero; tengo cuatro mil ochocientos francos de sueldo... Vais, si gustáis, a darme esa joven por esposa a fin de que me la lleve a mi país y que no volváis a oír hablar más de ella sino de tarde en tarde, por el correo o el telégrafo...». ¿Y encontráis todo eso natural? ¡Yo... yo lo encuentro el colmo de la locura!

Cyprien se puso en pie muy pálido. Había tomado su sombrero, y se preparaba a salir.

—Sí... ¡de la locura! —repitió el granjero—. ¡Ah! ¡No!... ¡No doro la píldora! ¡Yo soy un inglés de vieja raza, caballero! Tal como me veis, he sido más pobre que vos, sí, ¡mucho más pobre!... He practicado todos los oficios: he sido grumete a bordo de un buque mercante, cazador de búfalos en el Dakota, minero en el Arizona, pastor en el Transvaal!... He conocido el calor, el frío, el hambre, la fatiga... ¡Por espacio de veinte años he ganado con el sudor de mi frente la galleta que me servía de comida!... Cuando me casé con la difunta *mistress* Watkins, la madre de Alice, una hija de bóer de origen francés —como vos, dicho sea de paso— no teníamos entre los dos con que alimentar una cabra. Pero he trabajado; ¡no he perdido el valor!... ¡Ahora soy rico y pienso aprovecharme del fruto de mis trabajos!... Pienso conservar a mi